

:: TEXTO DE CREADOR

Apuntes sobre el proceso creativo de *Yo Maté a Pinochet*

Cristian Flores Rebolledo

fl.cristian@gmail.com

*¿Quién construyó Tebas,
la de las Siete Puertas?
En los libros figuran
solo los nombres de reyes.
¿Acaso arrastraron ellos
bloques de piedra?
Y Babilonia, mil veces destruida,
¿quién la volvió a levantar otras tantas?
Quienes edificaron la dorada Lima,
¿en qué casas vivían?
¿Adónde fueron la noche
en que se terminó La Gran Muralla, sus albañiles?*

Extracto poema: "Preguntas de un obrero que lee" (Bertolt Brecht).

No sé si todo lo que expondré sobre *Yo Maté a Pinochet* logra leerse en el texto de la obra o pudo verse en alguna de sus temporadas. No es mi rol hacer ese juicio, pero será, por lo menos, lo que perseguía cuando decidí llevarla a cabo.

Quisiera alejarme de cualquier academicismo y hablar con la honestidad de la sencillez de quien soy, y de las ideas con las que me he cruzado. Haré seguramente pocas citas de mis referencias, porque, en este texto, deseo expresar el relato de un proceso sentido, entrañable y significativo en mi vida, que dio como resultado una obra que me ha permitido hacer amigas y amigos por diferentes rincones en muchos territorios, y disfrutar de los placeres que esas amistades me ofrecieron, pero, por sobre todo, es una obra que me conectó con mis deseos originales de emprender el oficio en el teatro. Desde ese lugar hablaré.

Bueno, después, con el tiempo, ahora, yo creo que esos estaban bien. Soñar es algo importante ¿Cómo uno va a poder ser o hacer algo mejor si ni siquiera lo puede soñar o imaginar? ¿Pa' qué va a vivir uno si algo no lo moviliza? ¿Qué sentido tendría? ("Manolo", *Yo Maté a Pinochet* 170)

Debo aclarar que *Yo maté a Pinochet* se escribió para ser puesta en escena, y se terminó en ese proceso, ese siempre fue su derrotero. No se pensó como una experiencia literaria, esto vino por añadidura. Puede ser una desventaja, pero no logro concebir el teatro de otra forma.



Yo maté a Pinochet. Fotografía de Ricardo Romero Pérez.

Sin embargo, su constitución como texto, basado en mis deseos por hacer material la idea de “No morirá la Flor de la Palabra” (Cuarta Declaración), significaba una decisión clara de hacer protagonistas a las palabras, y el habla específica de un lugar sobre este mundo.

Yo maté a Pinochet es el resultado de un proceso colectivo más allá de mi propuesta autoral. Puede parecer una frase de buenos modales, pero en este caso resulta fundamental. Al nunca pretender ser un dramaturgo, la única forma que tuve de escribir este texto fue disponerme a la escucha, a la lectura, a la observación y a un incesante deseo de aprender a hacerlo. Fue un proceso de elaboración a partir de los comentarios y sugerencias que recibí en largas e intensas conversaciones junto a mis compañeros de Teatro Los Barbudos¹, y otrxs amigxs a quienes ofrecí los primeros borradores, y me regalaron sus palabras/ideas.

El origen y los motivos de este proceso creativo

Yo maté a Pinochet, en primera instancia, fue un proyecto. Sus nombres fueron “Clandestino: joven que se cambió el nombre para cambiar el mundo” o “Comandante Pepe: un romántico perdedor”. También fue el esbozo dramático de una obra con muchos otros personajes, y no un monólogo. Y su sentido más concreto era dar continuidad a un trabajo con otrxs compañerxs (Teatro Errante), con quienes veníamos trabajando desde el año 2008, pero que, por diferentes motivos, no pudimos desarrollarlo juntos. Sin embargo, quise continuar con una propuesta crea-

1 Alfredo Basaure Espinoza, Ricardo Romero Pérez y José Luis Cifuentes Soto.

tiva sobre “lo popular”. Esto constituía en ese momento, y todavía, una de las definiciones más importantes en mi trabajo, porque constantemente me veo emplazado a disputar las imágenes que se construyen sobre este imaginario del mundo popular.

El punto de partida de este proceso fue el final de una huella anterior, de una errancia en la que busqué un lugar en donde poder experimentar, y traer a la escritura de este monólogo, mi primera escritura en solitario como autor, algunas certezas y más preguntas sobre lo político y lo popular, mi obsesión hasta el día de hoy. Esta obsesión se relaciona con una incomodidad significativa que sentía cuando me enfrentaba a las representaciones en escena y en la dramaturgia generacional, sobre el universo al que yo pertenecía (poblacional) muy contradictorio, sin duda, y que me parecían representaciones de tendencia, cosificadoras, fetichistas, estereotipadas y acotadas, al punto de sentirme muchas veces violentado. Por lo tanto, ante eso, y para no reclamarlas sino disputarlas, fue importante posicionarme en un marco de acción definido, el teatro político, es decir, “hacer de la escena una crítica de lo instituido simbólicamente, ideológicamente, e iniciar una dramaturgia con posibilidades de articular los elementos antagónicos capaces de representar la dinámica de las relaciones de poder” (De Vicente Hernando 38) que se dan en diferentes territorios e imaginarios. En este marco también era importante aportar a la construcción de nuevas subjetividades o formas de identificación en torno a esta concepción del teatro político para generar de nuevas perspectivas que fomenten un tejido de disenso en el espacio común que configura el acto teatral. Estas tenían que ver con la elaboración o reconstrucción de un mundo sensible, de lo anónimo y singular, invisibilizado por la hegemonía existente, “para volver visible lo que el consenso dominante suele oscurecer o borrar” (Mouffe 60) u omitir.

“Porque nos quieren quitar la historia para que en el olvido se muera nuestra palabra” (Cuarta Declaración)

Porque hoy día se protesta o se compra, con un par de monedas, un souvenir de una imagen revolucionaria, pero esa imagen sigue siendo lejana, como una figura de barro o de greda, como un adorno. La quieren por vanidad, pero nunca se rebajarán al punto de perder algo por eso. Yo perdí algo bonito por eso, perdí esa mirada. Dan ganas de dejar de creer en aplausos, en entusiasmos, pero me aferro a mi motivo, a ese de mi ADN (“Manolo”, *Yo Maté a Pinochet* 171).

El teatro político como marco de acción me permitió disentir frente a esas escenas estereotipadas de lo popular con otras, exponiendo aquellos elementos que me parecían no abordados e importantes en la disputa de este imaginario. En este sentido, fue fundamental posicionar mi sujeto de estudio en un escenario diferente al que se le asignaba en el reparto sensible, de la escena y la dramaturgia, como extensión de la historiografía hegemónica, por sus condiciones de lenguaje, clase, color, etc. (coa, delincuencia, alcoholismo, victimización, folclorismo, entre otros) y disponerlo frente a lo ideológico, a lo histórico y a sus imaginarios en un contexto determinado. Para esto, puse la mirada y mis sentidos en las y los jóvenes de poblaciones populares que decidieron formar parte de organizaciones subversivas en la lucha contra la dictadura y contra la democracia pactada, que hoy nos estalló en las narices. Si bien en el momento en que escribí



Yo maté a Pinochet. Fotografía de Ricardo Romero Pérez.

Yo maté a Pinochet, había otra obra —*Escuela* de Guillermo Calderón— que trataba sobre un sujeto/a de un imaginario político cercano, y de alguna manera también ejecutaba una crítica a la democracia pactada a partir de la exposición de una escuela de formación política clandestina, lo que yo buscaba era otro posicionamiento, un imaginario específico diferente, realidades concretas del mundo popular poblacional, sus pasiones, esas otras imágenes no consideradas narrativas válidas en el consenso sobre el relato histórico oficial de Chile posdictadura, pero que constituían los motivos, subjetivos y colectivos, que hacían que estas personas tomaran la decisión de arriesgarlo todo. Tenía la necesidad imperiosa de conocer esa versión. En ningún caso buscaba, ni busco hoy, la construcción idealizada de este sujeto, sino la de explorar experiencias vitales llenas de contradicciones, pero dinamizadoras del presente.

Me parece fundamental, para la dimensión política del teatro, que lo desarrollado en las páginas de un texto, o en la duración de la puesta en escena, altere el equilibrio en el que pueden estar nuestras versiones sobre los temas tratados, y no alimentar su rigidez. Pues si se ocupa tiempo valioso en la experiencia creativa es, sin duda, para aportar algún otro elemento, otra pregunta, para que la experiencia sea significativa y transformadora.



Yo maté a Pinochet. Fotografía de Ricardo Romero Pérez.

Por eso me interesé en una perspectiva desde el universo popular sobre la memoria política. Porque ese lugar de enunciación, a pesar de ser protagonista del desequilibrio de la dictadura, no participó de la construcción de esa memoria política institucionalizada durante la transición y la democracia en estos treinta años, sino que, más bien, le fue un lugar vetado y velado, y su participación en los hechos históricos quedó relegada al olvido, teóricamente hablando, y omitiendo en ese ejercicio, perspectivas que eran posibles de problematizar este presente *estallado*, mediante una memoria vinculada a motivos y experiencias vitales. Abordar la memoria política desde este lugar, me permitía también remover ciertas ideas sobre la historia política reciente de Chile (40 años en ese momento), sacarlas de sus guetos, y de hacerlas circular en otros espacios para dinamizarlas, cambiando el enfoque del daño y la relación víctima/victimario, y explorar las formas en que se construyó esa relación, a partir del develado de experiencias políticas y el habitar de algunas personas en estas. La disputa por la memoria es la principal batalla de estos tiempos, sigo creyendo.

Volverme el cronista de mi propio jardín

Yo no lo elegí, porque la rabia no elige ni su voz ni su mundo ni su protesta ni su modo de manifestarla; me estaba asignado desde antes de que yo naciera, atándome a cierto dolor de perfil inconfundible... En mí ese dolor se me dio desde que fui niño como un orientador... Era mi utopía ("Manolo", *Yo Maté a Pinochet* 171)

¿Por qué hablar de esto? No lo sé realmente, porque más allá de las explicaciones o ideas expuesta anteriormente, estas fueron las imágenes de mi vida hasta ese momento (lo son en gran medida todavía). Fueron relatos fundamentales en mi constitución como persona. Fueron las fantasías heroicas de niño, fueron los pasamontañas que quería que mi abuela Juana tejiera para mí. Fueron también las imágenes incomprensibles del miedo, de las brutalidades, de la sangre, de mucho olor a lacrimógena, mucho. El sonido de las balas y vecinos asesinados. Finalmente, fueron imágenes carnavalescas, festivas, de fogatas, de celebraciones comunitarias, de colonias urbanas, de cortes de luz y barricadas tomando mate o consomé, de futuros utópicos, de determinación y pollos repartidos entre los vecinos. Y el infaltable "el que no salta es Pinoché" o "y va a caer y va a caer", el mentolátum y los limones, y después a acostarse, porque uno era aún muy chico en ese tiempo, pero con unas ganas de ser un poco más grande como las y los que se quedaban hasta más tarde.

Hago el ejercicio en este escrito de parafrasear un poco a Manolo (el personaje de *Yo Maté a Pinochet*) para señalar también el componente biográfico-documental de esta obra. La escritura de este monólogo me permitió experimentar con material documental, entendiéndolo como un trabajo con un corpus de materiales teóricos, históricos, periodísticos, archivísticos, hasta relatos orales de imaginarios de algún territorio de interés, y que sirvieron como punto de partida, como una evidencia de la realidad en la creación de una obra. Quizás la mayor particularidad en mi escritura ha sido encontrar un equilibrio entre lo documental y la ficción desde la cual puedo activar dichas memorias-documentos, para descomponerlas y disponerlas nuevamente, sin que desaparezca su potencia, y citando, de alguna forma, ese momento en el tiempo.

Con la experiencia de esta obra, encontré una manera concreta de escribir, de exponer en palabras y diálogos una realidad que a mí me hace sentido. Cada fragmento de *Yo maté a Pinochet* es una conversación que sostuvieron otros frente a mí o en las que estuve como interlocutor directo. Sus contenidos, sus párrafos son también síntesis de ideas presentes en documentos, incluso formas de articular las ideas que otros usaron en novelas, en obras de teatro, en documentos conspirativos, de formación política o de biografías. En alguna medida, creo que es una especie de crónica dramatúrgica, porque me permitió exponer episodios reales u otros elementos imaginarios situados en contextos reales, a partir de los recursos dramáticos del teatro (creo que en esto tiene un poco la culpa el escritor Osvaldo Soriano).

Manolo

Y a mí con mis compas nos miraban como bichos raros, porque éramos puros cabros de pobla, sin ningún intelectual o algo parecido en nuestras filas... Con menoh entrenamiento, pero no-



Yo maté a Pinochet. Fotografía de Ricardo Romero Pérez.

sotros nos formamos ahí, y nos terminamos enamorando de la lejanía que teníamos con estos primos. Simplemente no éramos de ese mundo tan reformista. Siempre pensé que, aparte de considerarnos bichos raros, ellos y todos los demás, no es mucho lo que sabían de nosotros...
("Manolo", *Yo Maté a Pinochet* 173)

Manolo es un gáster, arregla los calefones, repara baños, cambia las gomas de las llaves de paso cuando gotean, usa su soplete, repara las cañerías de las casas de sus vecinos, hace instalaciones de gas, baños y cocinas. Manolo se traslada para todos lados en bicicleta y le gusta la música, no solamente la música de protesta o icónicas de la lucha popular, le gusta la música que escuchaban los abuelos, el lunfardo melancólico del tango y el sabor del mambo. Manolo es un coqueto y un "chico aníñao". También fue un trovador de interminables veladas en sus años mozos. Manolo es un hombre que podría ser cualquier persona, como cualquiera de nosotros, como las que se podrían ver si nos sentamos en una banca de un paseo peatonal a mirar, o una persona que va en una micro o en el metro, o que camina en una feria libre o un persa de algún barrio o población de Santiago. Asimismo, como cualquiera de esas personas, tiene mucho que contar, y desde ese lugar tiene una mirada de los hechos que han constituido su vida. Manolo es el personaje de las preguntas en el poema de Brecht.

En *Yo maté a Pinochet*, Manolo, personaje principal y único presente, nos cuenta que hace un momento atrás, no más de unas horas, luego de ir al velorio del cura Pierre Dubois, se encontró con unos viejos conocidos y con un antiguo amor en un bar que solía frecuentar cuando perteneció al Movimiento Juvenil Lautaro, y en esta situación, empujado por una avalancha de recuerdos, unas copas de vino y emociones vitales, les contó que él mató Pinochet. Él nos da



Yo maté a Pinochet. Fotografía de Ricardo Romero Pérez.

detalles de este encuentro y de las imágenes que se iban despertando, para llegar a construir la idea del asesinato del dictador.

El relato sobre este encuentro y esos personajes, sobre el que nos habla Manolo, era la obra de la que se desprendió *Yo maté a Pinochet*. Para transformarla en monólogo decidí que uno de los personajes contara todo con lujo de detalles. Para esto fue importante construir una nueva situación, que fue sacar a Manolo del lugar del encuentro y enfrentarlo con otro interlocutor, quizás su persecutor, el que lo enjuiciará finalmente, pero que antes quiere escuchar lo que tiene que decir, su versión. Es decir, asignamos también un rol al espectador-lector, rol que establece una relación y una confrontación con Manolo y que gatillará su confesión. Cobra importancia, así, la primera idea del texto, que es por la cual Manolo abandona el encuentro con sus antiguos amigos. "Sí, Yo maté a Pinochet... Yo lo maté..." (166) es su primera línea, la misma que les dijo a ellas y a ellos, a Sofía, a la Claudita, al Pablito, el José, en ese lugar, el bar de Don Vitoco², donde seguramente estaban con él también, sus amigos muertos. A partir de este relato comienza a desplegarse el contenido de la experiencia vital de Manolo, sus posiciones frente a la historia, y a decirnos que él también tiene algo que decir ante lo vivido por un país.

De todos los personajes de esa otra obra, escogí a Manolo porque era el personaje disponible para el sacrificio. Tenía la determinación necesaria para enfrentarse a sus fantasmas y defender sus lugares, era el personaje en el que había que depositar la crítica, era el personaje que más sufriría de la verdad de la derrota, porque alimentaba su soledad con los recuerdos del calor de las barricadas, de las recuperaciones, del lenguaje de seguridad y conspiraciones, era el

2 Nombres que menciona Manolo durante su relato.

más porfiado, el “pegao”. Pero también, de todas y todos los personajes que en esa situación se encontraron, era el más vulnerable frente a la verdad. Manolo es el derrotado, quedó sin su historia porque sus ideas quedaron suspendidas, sin palabras; sus anhelos se quedaron en otro tiempo y parecieron no hacer sentido en el tiempo que vino después. Seguía aferrándose a las imágenes que lo hicieron feliz, a su “motivo” como él dice, a su ADN. La reconstrucción y exposición de esto a un otro lo libera, y en ese momento decide matar a su verdadero Pinochet.

¿Cómo se mata eso? ¿Sería matándonos nosotros mismos? Y con eso nuestras frustraciones, nuestros miedos, nuestras formas. Solo podemos quedar en la memoria como una experiencia de la derrota, que se ha escrito con pieles, miradas, tactos y fuegos, con odio particular y concentrado, con combate en vivo y en caliente, rebosante de locura, de porfía y decisión de ser, repleta de utopías de amantes, llenos de besos y deseos en este país ajeno... (“Manolo”, *Yo Maté a Pinochet* 175)

Disponer un personaje popular como él, que aparentemente no tenía nada que contar, era darles valor a las experiencias vitales de los anónimos, de esos maltratados, omitidos por ser quienes fueron y perseguidos por validarse como enemigos políticos. Pero que, a pesar de haber desaparecido ante nuestros ojos, el presente estallado, por lo menos, les dio la razón de sus demandas, y permite darle valor a todas y todos los que quedaron en el camino.

Obras citadas

“Cuarta Declaración de la Selva La Candona del Ejército Libertador Los Zapatistas”. *Enlace Zapatista*. Recurso electrónico. 9 sept. 2021.

De Vicente Hernando, César. *La escena constituyente, teoría y práctica del teatro político*. Madrid: Centro de Documentación Crítica, 2013. Impreso.

Flores Rebolledo, Cristian. *Yo maté a Pinochet. Apuntes de Teatro* 146 (2021). 165-176. Impreso.

Mouffe, Chantal. *Prácticas artísticas y democracia agonista*. Barcelona: Contratextos, 2001. Impreso.